

LA REVISTA ORIENTAL

PUBLICACION DE CIENCIAS, ARTES Y LETRAS

REDACTORES: PEDRO XIMENEZ POZZOLO, EDUARDO D. FORTEZA, FERNANDO RIOS, DIEGO CAPELLA Y PONS, EMILIO GOLDARACENA, JOSÉ A. DE FREITAS (HIJO) Y JUAN CARLOS CARVALHO

ADMINISTRACION
Calle del Uruguay núm. 411

AÑO I — NÚM. XI

SUSCRICION ADELANTADA
Cuatro números \$ 0.50

LA REVISTA ORIENTAL

MONTEVIDEO, SETIEMBRE 22 DE 1885

SUMARIO — El dolor, por Eduardo D. Forteza — A la inspiracion, por Adriano M. Aguiar — M... por Isaías Ximenez. — Economía política, (Del capital), por Fernando Rios — La primavera, por Pedro Ximenez Pozzolo — La literatura Hispano-Americana, por Miguel F. Rodriguez — Ausencia, por Manrique — Fragmento, por Rim — Crepúsculos, por Adriano M. Aguiar.

El dolor

I

Dolor! sublime palabra que condensa un mundo de ideas, germen fecundo de lo bello y de lo grande, compendio de la historia sombría de muchos corazones, cuyas páginas han sido escritas con el cálamo de la amargura y la sangre del corazón.

Sublime palabra cuyo valor intrínseco no pueden comprender, sino aquellos que hayan libado en su penosa peregrinación por el mundo, el funesto acibar del sufrimiento.

Palabra vana, vacía de sentido, embolismo indescifrable, para aquellos que han vivido y viven en medio de todas las comodidades y placeres del mundo, sin descubrir jamás un celaje de tristeza ó de desencanto en el horizonte limitado de sus vidas, para aquellos que miran al mundo como un paraíso mahometano, que brinda á todos los seres vivientes, deleites interminables, venturanzas infinitas.

¡Cuántos seres menguados reirán con carcajadas volterianas, con carcajadas saturadas de cruel ironía, de los lamentos desgarradores de un corazón herido por el dardo sangriento de la más vil traición, del más torpe engaño,—y después pronun-

ciarán con maldiciente lengua y con la glacial indiferencia del cínico, al contemplar su bárbara agonía, las palabras sarcásticas de Espronceda: «¡Un cadáver más, que importa al mundo!»

El que no ha sentido vibrar en su alma la cuerda quejumbrosa del dolor, cree que el dolor es un sarcasmo, y sus gritos aterradoros, gritos discordantes, gritos de demencia.

Es condición del mísero linaje humano, ensordecido y muchas veces reír con escarnio, ante los clamores dolientes de sus semejantes.

II

Muchos aspirantes á literatos y también literatos de nombradía, motejan enfáticamente de romántico al dolor, unos, porque son de la escuela del realismo, que copia servilmente á la naturaleza, materializando grotescamente lo real en vez de idealizarlo; y otros, porque se han afiliado á la escuela más moderna y por consiguiente de moda, al naturalismo de Zola, escuela esteriopadora de las inmundicias del mundo y fomentadora de la inmoralidad.

¿Porqué no ha de llorar con lágrimas de sangre y cantar con notas que sean ayes de profundo dolor, el que lleve el alma aterida y el corazón despedazado por el más negro sufrimiento?

¿Porqué ha de cantar al mundo de las esperanzas y alegrías, si su vida fluctúa entre las tinieblas del mundo del dolor, si no conoce la esperanza, si no conoce el placer, si es hijo de la noche, si es hijo del dolor?

Un desventurado cantando al placer, no es más que un ciego cantando á la luz,—ámbos no pueden ver ni sentir lo que cantan.

¿Porqué se le ha de obligar á cantar á la naturaleza, á las bellezas del mundo terre-

nal, si experimenta mayor goce en cantar las bellezas del mundo del alma, que las superan en número y en hermosura; esas que no deleitan simplemente á los sentidos, sino que arroban dulcemente al espíritu, llegando á lo más recóndito de él; esas que hacen llorar ó reír, oprimiendo ó alborozando al corazón?

El dolor es fuente inagotable de inspiración, el dolor es viril, sus notas salen temblando del alma, ya en un arranque lleno de sublimidad, ya en una lágrima candente y silenciosa, que al brotar de los ojos, parece cantar un poema de desesperación.

El dolor es salvaje y noble como el león del desierto, y así como el león se anquila y ruge al verso aprisionado en férrea cárcel, también el dolor se siente amenguado, al verse encerrado en oraciones pomposas ó en el mísero troquel del verso.

El dolor como una fiera, prorrumpe ora en un rugido violento, ora en un grito desgarrador, ora en un lamento tierno y quejumbroso, ora en una mirada intraducible, ora en una lágrima de fuego.

El dolor no se forja, el dolor no se inventa y se resiste á ser poetizado, es altamente inculto y jamás amanerado, es lacónico y no difuso.

El dolor palpita en cada uno de los glóbulos de nuestra sangre, y dice mucho más algunas veces, enmudeciendo que hablando.

Jamás olvidará la humanidad, las notas sublimes de dolor trágico que arranca Segismundo en «La vida es sueño,» obra monumental del egregio Calderón de la Barca; como tampoco el grito sublime de «Ser ó no ser» de Hamlet, en la tragedia gigantea debida al génio portentoso de Shakspeare

III

El que sienta vibrar en su alma la cuerda del placer, que entone alegres himnos, en los que cada nota sea una risa, y el que sienta por el contrario vibrar la cuerda del dolor, que entone melancólicas endechas, en las que cada nota sea un gemido.

Si para unos la vida es un perpétuo idilio y muchas veces un sainete, para otros es una perpétua elegía y muchas veces una tragedia.

Nadie ignora que la vida humana, tan transitoria como mísera, es una amalgama

de placer y dolor, de risa y llanto, de sombra y luz, de verdad y mentira, de dulces ensueños y amargas realidades.

Si se levantaran las sombras de los que moran en el campo sagrado del sueño eterno y hablaran, ¡cuántos crímenes secretos, cuántas traiciones desconocidas, cuántas perversidades ignoradas se pondrían de manifiesto!

Si el corazón y el alma fueran libros en cuyas páginas estuviera escrita la historia de cada ser, con sus más mínimos detalles, y esos libros al dejar de existir la persona fueran extraídos del pecho y del cerebro para ser leídos, tendríamos horror de vivir en el mundo, y huiríamos con aversión unos de otros, porque entonces notaríamos inmensa contradicción entre los actos de la vida y nuestro pensamiento, entre los sentimientos que se demuestran y los que realmente alberga el corazón.

Y entonces exclamaríamos sin titubear: ¡el mundo es un escenario inmenso y la vida una comedia eterna!

IV

Los críticos miopes que censuran injustamente al esclarecido poeta Lord Byron, llamándole poeta tormentario, porque es el poeta de la desesperación y de la duda, lo censuran porque no han podido hacer escabello en mano, la autopsia de su corazón desencantado y de su espíritu brumoso como el cielo de Albion, porque no han podido quizá comprender, toda la amargura de sus crueles decepciones.

El eximio poeta José Rivera Indarte, vindicó los cargos injustos que se le hicieron, cargos semejantes á los que se hacen á Lord Byron, con las siguientes palabras: « Mi poesía es romántica y católica, no « porque formase yo intento de que fuese « así, sino porque el dolor es naturalmente « romántico, sus ideas y sus palabras ro- « mánticas; porque el que pena, el que pa- « dece persecucion, alza involuntariamente « su espíritu al Cristo escarnecido y pues- « to en una cruz sobre el Calvario.—Si, es « preciso desengañarse, las penas no son « clásicas, mitológicas ni incrédulas. »

No pertenezco á la escuela de Victor Hugo y de Lord Byron, pero no por esto dejo de reconocer que el dolor no se sujeta á las reglas de escuela determinada, sino que es libre y salvaje y hasta si se quiere

romántico, según el sentido que dan á esta palabra los *modernos Aristarcos*, que con refinado estoicismo dicen que el dolor es una palabra vana.

V

No soy de los que creen que debe de subjetivarse la poesía, concretándola al mundo psicológico, su misión es más levantada, es más augusta.

Creo que la poesía no debe de evaporar lo real ni tampoco materializarlo grotescamente, sino que debe de traducir en sus estrofas, la sublime armonía entre lo real y lo metafísico, preestablecida por Dios, armonía semejante á la que existe entre el cuerpo y el espíritu.

No se debe de restringir la libertad del poeta obedeciendo á malas sugerencias de escuela, el que se sienta inspirado para cantar al dolor que cante al dolor; el que se sienta inclinado al placer que cante al placer; el que se sienta aguijoneado por una pasión irresistible hácia los múltiples encantos de la naturaleza, que la cante en estrofas armoniosas; el que se sienta inspirado para cantar las tradiciones gloriosas de su patria, que entone sus mejores cantos épicos impregnados de virilidad, civismo y entusiasmo, deificando á los héroes y á la virtud, y fulminando su anatema contra los tiranos y el crimen entronizado.

Todo esto es digno manantial de poesía, pero el verdadero venero y el más fecundo será siempre el dolor.

Respecto á esto, dice el ilustrado escritor argentino Pedro Goyena: „Allí donde « está el deseo insaciable, la congoja, el « dolor, allí está la poesía, este infierno es « la gloria del poeta; sin pasar por él y « sufrir, no brotará jamás la estrofa subli- « me de sus labios, y necesitará siempre, « como los santos del cristianismo, llevar « sobre su frente los signos del martirio, « para entrar en el coro de los escogidos».

El dolor, es pues, uno de los elementos más poderosos de la estética.

VI

El insigne Castelar, el atleta de la palabra, dice, que «el idealismo es el númen engendrador de la poesía.»

Yo creo que el idealismo, será la fuerte columna que mirando al cielo, desafiará

como las pirámides de Egipto los rudos embates del tiempo.

Goethe dijo, que el fin verdadero de la poesía es idealizar lo real.

VII

Es un signo de cobardía, el desmayar ante los embates del infortunio, las almas bien templadas deben de desplegar todo su valor y grandeza ante el dolor, no llegar jamás al letal escepticismo, ni dejarse arrastrar á la vorágine corruptora del materialismo, exclamando con voz robusta, con el poeta Echevarría: « La vida es un combate perpétuo contra el mal que nos circunda, ¡miserable lidiador el que se abate!

Eduardo D. Forteza.

A la inspiración

Qué triste está mi álbum! Quien le toma,
Con tedio, se adormece en su lectura,
No tiene flores que le den su aroma
Ni la chispa de ingenio, en él fulgura.

Hija de un sueño de color de rosa,
Por quien mi amante corazón suspira,
Bríndame el fuego de tu amor, hermosa,
Y alegre canto entonará mi lira.

Ángel de luz, tus alas vaporosas
Pliega, y al bardo envuelve en tus fulgores,
Y en mi álbum brotarán perlas preciosas,
La chispa del ingenio y ricas flores!

Adriano M. Aguiar.

Montevideo 1885.

M.....

Tú eres mi dicha, mi ilusión, mi encanto,
El fuego sacrosanto
Que da calor y vida al alma mía,
La visión más celeste y luminosa
Cuyas alas de rosa
Disipan los nublados de mi día.

Tú eres para mí ser como el rocío
Que en el bosque sombrío,
Hace animar las hojas de la planta
Que al sentir su frescor, estremecida,
Encuentra nueva vida
Y airosa sobre el tallo se levanta.

Eres el faro que luciente brilla
 En la lejana orilla,
 Al náuta señalando el derrotero
 Y burlando al turbion que embravecido
 Lo conduce aterido
 Para estrellarlo en el peñasco fiero.

Eres suave cual nota desprendida
 Del arpa estremecida,
 Que murmura un poema de ventura,
 Y se esparce en el aire blandamente
 Como el áura doliente
 Que vuela entre las flores con dulzura.

Eres pura cual alba sonrosada
 Que su luz delicada
 Derrama por doquiera fulgurante,
 Y al encender las gotas de rocío
 Parece cual si un río
 Cubriera la natura de diamante.

Eres el ráudo volador cometa
 Que recorre sin meta,
 Los ámbitos sutiles del espacio
 Y señala su marcha magestuosa
 Con la lumbré radiosa
 Que al paso tiende de rubí y topacio.

Eres mi gloria y mi sin par ventura,
 La dicha y la dulzura
 Que anhela con ardor el alma mía,
 E inspira mi cantar enamorado
 Que por ti ha desbordado
 En raudales de mágica armonía.

Eres el ángel seductor, sonriente,
 Con que sueña la mente,
 El tesoro que anhelo aquí en la tierra,
 Porque no hay nada como el dulce encanto
 Del amor sacrosanto
 Que dentro tu alma virginal se encierra.

Isúias Ximenez.

Economía política

(DEL CAPITAL)

(Conclusion)

2.º Que el espíritu de rutina, la resistencia á las innovaciones y el temor de perder los capitales hacen tambien lenta y gradual la invencion de las máquinas y finalmente: que á medida que el arte se perfecciona la invencion de las máquinas

es más difícil, porque no es ya á las débiles fuerzas del hombre á quienes tienen que hacer competencia sino á otras máquinas por lo general poderosas y que han sido aceptadas y aplicadas de mucho tiempo atrás.

Bastan y sobran estas consideraciones para dejar contestados los argumentos de la escuela socialista; para terminar con este tópico hé aquí como se expresa un escritor contemporáneo refiriéndose á la baja de los salarios. „El proletariado que vive con los medios estrictamente necesarios en su grado mínimo, tiene derecho á mejorar su suerte.

Falsos pontífices le enseñan desde el desierto de su pobreza las riquezas sociales como tierra de promision. Esperanza inícuca sobre el despojo cifrada es la que alimenta, intencion dañada é hipócrita lo de tales agitadores, que por regla general solo se proponen apoderarse del movimiento revolucionario para medrar en la confusion consiguiente.

El verdadero interés del proletariado está en tranquilizar al capitalista ya presente su fortuna en forma de máquinas ó dinero, para que no guarde sus tesoros bajo de tierra y los aporte al mercado general abriendo nuevas vias de trabajo nuevos horizontes á la actividad.

En cuanto al modo de funcionar divídense los capitales en *fijos* y *circulantes*, distincion ésta necesaria pues responde á cuestiones económicas importantes; han querido algunos hacer consistir la esencia del capital fijo en la *duracion*; pero se ha objetado al respecto que multitud de utensilios y aún máquinas más complicadas duran muy poco tiempo y sin embargo debiéndose colocar segun dicho concepto de duracion entre los capitales circulantes se observa que á todas luces son capitales fijos, además, dicha idea de duracion es muy relativa y por ello bueno es abandonarla para fijarse en otros caracteres más determinados y evidentes. Se ha dicho con más propiedad que el capital fijo es aquel que para producir no ha de cambiar de forma, de sitio, ni de dominio, como sucede con los edificios, las mejoras hechas en la tierra, los aparatos y máquinas enclavados en los bienes inmuebles y por fin los talentos y la habilidad.—El capital circulante, es por oposicion, aquel que para

producir debe precisamente cambiar de forma, de sitio ó de dominio, como sucede con las materias primas, las provisiones, los productos de cuya venta se espera el beneficio, los útiles sueltos y el dinero. De esta definicion del capital circulante se desprende, á poco que en ello se medite, que dicho capital tiende incesantemente á destruirse y á fijarse mediante el hecho de la circulacion y de ahí la necesidad imperiosa de que tambien incesantemente se le reconstruya á fin de que baste al consumo en continúa demanda, si es que se quiere impedir que se convierta totalmente en capital fijo; el más sencillo ejemplo basta para demostrar las anteriores proposiciones consideremos la fabricacion del gas, en primer término se necesita dinero ó sea capital circulante para proveerse de máquinas y pagar salarios convirtiendose así en capital fijo; provisiones etc., para la manutencion, materias primas como el carbon de piedra para la estraccion y multitud de utensilios que fijándose desde luego en el edificio, hornos etc., quedan desde luego incorporados para formar el capital fijo.—El capital circulante tiende á desarrollar el comercio, á incitar al consumo y la produccion y por tanto propende al progreso porque con el cambio se desarrollan las fuerzas morales y físicas de una nacion; la emulacion se produce entre los productores, los productos se perfeccionan y abaratan.

El capital fijo, en oposicion al circulante, tiene una potencia más indefinida, una duracion más vasta en general, su funcion es el presentar una base sólida en que pueda tener arranque el capital en circulacion. A medida que las necesidades crecen, que la poblacion aumenta y los conocimientos avanzan, es mayor la cantidad de capital que se fija; hay necesidad de mayor número de edificios, establecimientos, máquinas, etc., capitales fijos estos, que sino están contrabalanceados al menos por los circulantes ocasionan ese fenómeno conocido con el nombre de crisis que á la manera de las crisis patológicas determina una reaccion más ó menos fuerte, más ó menos fatal; conveniente es, pues, conservar una sábia proporcion entre un capital y otro, dando preferencia á la produccion del circulante; no construyendo edificios muy costosos cuando las industrias pueden

desarrollarse en otros de ménos precio, ni muchas máquinas cuando con pocas puede obtenerse el mismo efecto. Se ha de definido la crisis: « Un estado anormal de la economía, en que sus funciones se hallan perturbadas por desequilibrio en algunos de sus elementos,» definicion clara y precisa que explica perfectamente las causas de dichas crisis y enfermedades sociales.

Estas crisis tienen varias causas ocasionales; la 1.^a es el abuso del crédito bancario; 2.^a: irregularidad en el tráfico de mercancías; 3.^a: exageracion en el comercio; 4.^o: pérdida en las cosechas y finalmente la absorcion anormal del metálico; proposiciones estas que no desarrollo porque á muy poco que se fije el ánimo en ellas, se viene en conocimiento de su veracidad; de la veracidad por lo que dice al respecto del crédito bancario y de la pérdida de las cosechas tenemos ejemplos palpitantes en nuestra patria y en la república vecina.

El fenómeno de la periodicidad de las crisis se ha observado con más ó ménos exactitud en Inglaterra, Francia y Estados-Unidos, de ahí la conveniencia é importancia social de observar este fenómeno para evitar en lo posible las causas que originan esta periodicidad; no es tarea para nosotros la resolucion de estos problemas gigantescos; á los que han concluido su carrera científica corresponde la resolucion de estas graves cuestiones en nuestro país.

A veces se ha reclamado la ayuda del Estado para la conjuracion de este fenómeno exigiendo una reglamentacion poderosa, sin pensar que lo que se pedía, es el remedio que pide el que está enfermo de muerte; ese fenómeno es efecto de la concurrencia que no tiene otra ley que la oferta y la demanda, ni otro remedio que el más absoluto régimen de libertad.

La industria ó profesion que haya llevado sus esfuerzos y aplicaciones más allá de lo que reclaman las exigencias sociales tendrá forzosamente que declinar del puesto á que injustamente se haya elevado haciendo lugar á pesar de cuanta reglamentacion se ensaye, á aquellas industrias y profesiones que realmente puedan vivir en el país sin ser lastimadas ni pospuestas por otras más lucrativas. Los reglamentos no pueden crear necesidades, las crean las exigencias de la sociedad en que se vive

en competencia con los medios vitales que posee. -- Solo el interes individual es el que puede guiar al capitalista y al obrero, en los múltiples empleos y trabajos ofreciéndoles los mejores medios y prácticas en la realizacion de sus fines; tiene además el Estado variadas é imprescindibles funciones que atender, hecho que constituyéndolo necesariamente en mal productor, lo inhabilitan para reglamentar con acierto.

Fernando Rios.

La Primavera

I

Ya está la primavera, llena de vida,
Ya en los espacios brilla luz bendecida.
Huyeron ya las sombras y los nublados,
Ya están los cielos puros y despejados.
Con la luz de la vida, todo se encumbra;
Todo late y suspira; todo deslumbra;
Todo respira encanto, luz y alegría:
Aire, cielos y tierra, todo es poesia!

II

Ya están las golondrinas de rauda vuelo,
Cruzando las etéreas salas del cielo.
En los huecos del muro forman sus nidos,
De briznas y de cerdas entretajidos.
En ellos sus polluelos piarán mañana,
Ansiosos de la vida que todo mana.
Todo natura forma, todo genera,
Al soplo ardiente y puro de primavera.

III

La brisa delicada cruza el vacío
Y juguetona, inquieta, se acerca al río.
Le dice sus amores, y avergonzada,
Por la alameda umbría huye callada.
Su amante estremecido quiere su paso
Seguir, mas lo detiene alto ribazo.
Al ver la recompensa de su desvelo
Suspira, se adornece... sueña en el cielo!

IV

En las frondas del valle, las dulces flores,
Abren sus bellos pétalos de mil colores.
Y es su aliento de vida grato perfume
Que embalsama á la brisa que lo consume.
Si una flor se marchita, si se deshoja,
Rasgan su broche cuatro, por cada hoja.
Como el fénix, la vida de primavera
De su propia ceniza nace y genera.

V

Cuando sonriente, hermoso, despierta el día,
Se impregnan los espacios de melodía.
Cada nido es un cielo donde levanta,
Su cantar y su vuelo, ave que encanta;
Cada endecha un poema de amor divino;
Madrigal una nota; rumor un trino.
Todo en el aire late, todo suspira,
Mientras vibra la tierra como una lira.

VI

La zumbadora abeja llega á las flores:
Bebe en el áureo cáliz dulces licores,
Y en aligero vuelo, de vida llena,
Va á dejar el almíbar en la colmena.
Que mientras brille el rayo de luz febea
Va transformando zumos en miel hiblea.
Todo, como la abeja, forma y genera
Al soplo fecundante de primavera.

VII

Hasta el insecto ostenta todas sus galas:
La oruga es mariposa de abiertas alas.
Todo la luz esmalta, todo escintila,
Todo alumbra y deslumbra nuestra pupila.
Todo derrama vida; todo se inflama;
Todo en la primavera suspira y ama;
Todo respira encanto, luz y alegría:
Aire, cielos y tierra, todo es poesia!

Pedro Ximenez Pozzolo.

La literatura Hispano-Americana

La literatura Hispano-Americana está en mantillas, ha dicho un crítico español; y en efecto, nada se ha formado. Solamente hay de ella fragmentos; pero fragmentos llenos de vida, notas que unidas formarían un himno colosal, arranques de inspiracion que han brotado no en el silencio del gabinete, sino en medio de la lucha, en medio de las agitaciones de nuestra vida turbulenta. Son los cimientos que sostendrán nuestra futura grandeza literaria, cuando la paz sea el modo de nuestra existencia, cuando las instituciones radicadas no arranquen al hombre de letras del silencio de su estudio para colocarle en las manos una espada, y en fin, cuando la literatura sea entre nosotros una carrera, un medio de vida y no un adorno.

Descendientes de españoles llevamos en nuestra sangre gérmenes literarios; no te-

nemos el talento pensador y filosófico de los alemanes, y quizá ni el génio artístico de los italianos; pero en cambio el fuego de la Arabia circula en nuestras venas.

El génio de nuestros antepasados transportado á la América no ha sido planta exótica en su suelo; ha germinado, ha adquirido más vigor acariciado por el sol de los trópicos y las ráfagas ardientes del ecuador. La inspiracion arrebatadora de Espronceda ha tenido sus rivales en Mármo y Heredia, y al pronunciar el nombre de Becquer viene instintivamente á los lábios el nombre de Bonalde.

Mucho se ha escrito en América; pero sin orden, sin concierto.

Desde las regiones ardientes del golfo de Méjico hasta las templadas del Plata, desde las costas que besa con su inmenso labio de espumas el Atlántico hasta las que acaricia el Pacífico, se puede decir que no hay pueblo que no haya tenido un escritor, un poeta; pero esos esos escritores, esos poetas entre el choque de las pasiones, en medio de las grandes revoluciones subterráneas de nuestra corteza social, no han podido producir obras maduras, obras de largo aliento que, como la Divina Comedia ó el Quijote, pasen de generacion en generacion, admirando siempre por el brillo de su estilo ó la profundidad de sus ideas. Han producido solamente fragmentos, retoños, poderosos, es verdad, pero que no han encontrado atmósfera suficiente para desarrollarse.

Por otra parte, la literatura no vive sin la libertad, se ha dicho. Nuestra vida como nacion independiente es muy corta; y sin embargo, esta ley se ha cumplido perfectamente.

Mientras vegetábamos en la esclavitud, mientras cumplíamos temblando las leyes españolas á tres mil leguas de distancia, nada se escribía, nada se pensaba; pero rompínos las cadenas de la servidumbre y junto con la patria nacieron los primeros cantos: cantos que sirvieron muchas veces para reanimar el valor de nuestros soldados en el ardor de los combates.

La literatura se reducía en esa época á la poesía; y no nació como la de otros pueblos débil, sino grande como las glorias que cantaba, brillante como la naturaleza de los trópicos, ardiente como el sol de nuestro cielo: ella eternizó las hazañas de

nuestros héroes haciendo imperecedera su memoria. Llevada á todas partes por las bayonetas de nuestros soldados ó en alas de la fama, mientras el himno argentino se cantaba en la cima del Chimborazo, el canto de Olmedo á Bolívar se leía en las fiestas del Plata.

¶ Era la edad heroica de nuestra historia con los Héctor y Aquiles cantados por Homero.

X A la lucha gigantesca de la independencia sucedió la lucha de la organizacion: fué una época laboriosa para nuestra naciente literatura. (Los pueblos se agitaban en el vaivén de continuas revoluciones; hoy se ensayaba una forma de gobierno que mañana era sustituida por otra; en todas partes se levantaban caudillos, pequeños Césares, que borraban de su forma de gobierno el nombre de los escritores, para que no destruyesen con sus luces su naciente despotismo. Estos, proscritos, mendigando un pedazo de pan para su boca y un poco de libertad para sus acciones, llevaban á todas partes su palabra entusiasta, reanimando á los débiles y no desconfiando nunca del triunfo de sus ideas. Eran los Mesías del porvenir, nuevos Anteos que hoy caen para levantarse mañana al soplo de una nueva esperanza; hoy entonaban un canto de amor y mañana estremecían á los tiranos con sus maldiciones.

¶ Unos vieron por fin el triunfo de sus ideas; otros quedaron tendidos en el campo de la lucha, doblando la noble cabeza inerte, como los viejos gladiadores en el circo del combate.

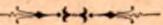
Esta segunda pléyade de literatos tuvo que pasar por todos los sufrimientos de aquella edad de hierro; pero vino al mundo de las ideas en una época mejor. No tenían que sujetar sus pensamientos á las antiguas formas. La Europa estaba en plena revolucion literaria; Víctor Hugo con sus dramas y Lamartine con sus poesías habían quitado el cetro á Racine y á Molière; los antiguos clásicos se empolvaban en los estantes sin que nadie posase su mirada sobre ellos. Dueños de esta libertad, los poetas americanos se arrojaron en el romanticismo, abusando muchas veces, é infundieron á sus obras la audacia que tanto admiró á los críticos franceses, cuando se representaron en Paris los dramas de Víctor Hugo.

Así, esos fragmentos de nuestra literatura, tienen el sello de la época en que se escribieron y del estado social que los produjo; defectuosos como todas las obras que se escriben con precipitación; pero llenos de ideas puras y elevadas. Ninguno de nuestros escritores dobló la frente como Virgilio y Horacio ante el despotismo enervante de un Augusto.

Hoy que nuestro estado social se va normalizando; aunque se sientan todavía murmullos sordos en su superficie, como se sienten después del terremoto débiles oscilaciones en el terreno, nuestros ensayos literarios también se van normalizando. El fondo va predominando sobre la forma; y pronto, muy pronto podremos presentar al mundo una literatura americana, llena de vida y colorido como todo lo que brota de su suelo.

Tenemos los elementos necesarios para ello; columnas, pórticos, pedestales; nos falta únicamente la arcilla, la argamasa para unir esos fragmentos y formar con ellos nuestro edificio literario.

Miguel F. Rodríguez.



Ausencia

¡Oh sol de primavera! tú que fuiste
El que mi dicha presenciaste un día,
¡Ilumíname hoy que estoy tan triste,
Prestándome un reflejo de alegría!

No me hallarás al lado de la hermosa
Que alumbrabas con dulces resplandores...
¡Qué ya pasó mi dicha venturosa,
Como púsan los céfiros y flores!

No me verás tampoco, distraído,
Extasiarme en la luz de su mirada,
Como cuando escuchaba embebecido,
La dulce melodía regalada.

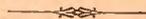
Ni me verás tampoco venturoso,
Lleno de amores y de dicha lleno,
Aspirar el perfume delicioso
Que exhalara una flor sobre su seno.

Ni me verás feliz, al lado de ella
Reclinada en mi pecho su cabeza,
Olvidando mi pena y mi querella
Rendido ante su angélica belleza.

Que hoy siento el corazón apesado
Y un canto de dolor triste suspira,
Que ausente, como estoy del bien amado
Muerdo estrechando mi apagada lira.

Muerdo estrechando mi apagada lira,
Cuyo eco triste con dolorme espanta...
Aunque á pesar del sin sabor que inspira,
Grita en mi pobre corazón ¡levanta!

Manrique.



Fragmento

Ah! mi vida es un ave que aletea
En espacio vacío, aterrador,
Sin encontrar confin donde termine
La lucha de mi alma y de mi amor.

.....
.....
.....
.....

¿Jamás terminaré mi triste marcha?
¿Jamás acabaré yo de sufrir?
¿Por qué, Dios infinito, me condenas
A llorar sin consuelo y á vivir?

Rim.



Crepúsculos

¿Has visto al carro de brillante aurora
Surjir del fondo de la mar salada,
Difundiendo su lumbré encantadora
En mil franjas de tinte sonrosada?
Así, niña hechicera.
Como un ángel pasar ante mis ojos
Te ví, por vez primera!

¿Has visto al sol cayendo al horizonte,
De súbito apagar su rayo ardiente,
Y entre las rocas del abrupto monte
Despeñarse las aguas del torrente?
Así, por vez postrera
Te ví, cuando mataste mi esperanza
Trocándola en quimera!

Montevideo 1885.

Adriano M. Aguiar.

Tipografía Oriental, calle 33 núm. 112.